

# ¡ESTOY EN APURO!

ROSARIO TEY



# PRÓLOGO

## Serra

**M**iraba por la ventanilla del coche con la cabeza muy alejada de ese presente. Sabía que tenía que reflexionar y estudiar con detenimiento cada uno de mis movimientos. Ahora mi único objetivo era centrarme en lo que teníamos entre manos.

—¿Quieres? —me preguntó mi compañero ofreciéndome una bolsa con magdalenas que olían a gloria bendita—. Son caseras. Las hace mi mujer.

Sonreí. López era un buen tío.

—No, gracias.

—Venga, hombre, coge. Le hará ilusión saber que te comiste una.

Lo observé con detenimiento y por un instante su mirada inocente y sincera me recordó a la de mi padre... Pero supongo que por aquel entonces todo me recordaba a él.

—Está bien.

Me deshice del envoltorio y me la zampé de dos bocados.

—¿Cuántos años llevas con tu mujer? —inquirí con curiosidad.

—Veinticinco haremos este verano. Un cuarto de siglo, se dice pronto...

—No me extraña. Si encuentro a una chica que haga unas magdalenas como estas firmaré un siglo entero.

López sonrió orgulloso y con la mano que tenía libre toqueteó la radio.

Yo continué con la vista puesta al frente. Nos habíamos detenido a descansar de nuestra ronda y cuando me quise dar cuenta estaba admirando aquella construcción de ladrillos rojos que mantenía el estilo artístico y arquitectónico neomudéjar. El Gran Teatro Falla siempre me había parecido una verdadera obra de arte.

Y allí estaba yo, pensando en monumentos, cuando de pronto una repentina ráfaga de aire fresco me golpeó la cara y ella apareció de la nada.

Se apoyó en mi ventanilla y antes de que me diera tiempo a visualizarla, vociferó con dificultad.

—¡Estoy en apuros!

No pude evitarlo, mis ojos fueron directos a sus labios, abultados, con ese tono idéntico al coral, y debajo de ellos, una fila de dientes blancos y relucientes. Tenía una tez clara pero sus mejillas parecían estar vivas, probablemente a consecuencia de la carrera. Su cabello le caía liso y castaño sobre los hombros, enmarcando unas facciones asombrosas. Una nariz pequeña y salpicada de unas pecas adorables, en el centro de ese cuadro hermoso, y arriba, sus ojos: despiertos, brillantes, de un azul suave, idéntico al de una marea temprana, enmarcados por cientos de pestañas larguísimas.

Estaba asimilando lo bonita que era cuando ella abrió esa jodida boca perfecta de nuevo:

—Necesito estar dentro de dos minutos en la Plaza Asdrúbal. Tengo que hacer el examen práctico del carné de conducir y si no llego a tiempo volverán a suspenderme.

Miré a López para asegurarme de que yo no era el único que había sido deslumbrado y él me devolvió la mirada acompañada de una risita.

Maldita sea, era preciosa.

Me tomé mi tiempo en contemplarla de la cabeza a los pies. No era muy alta. Un metro sesenta todo lo más. Delgada, con una cintura estrecha y unas tetas, a primera vista, deliciosas. Toda ella era perfectamente proporcionada. Vestía de un modo sencillo, vaqueros ajustados y creo que una camisa celeste, o era rosa..., da igual. Pensé que tal vez era profesora de primaria o no sé... quizá recursos humanos en alguna empresa importante. Desprendía una elegancia simple, sobria, esa armonía y suavidad en cada uno de sus rasgos.

¡Dios, qué bonita!

Si hubiera sabido quién era en ese instante, no habría cometido el error de enamorarme de ella como un gilipollas. Aunque a decir verdad sucedería igualmente...

# 1

## UNA BODA

**E** se día deseaba diluirme y desposeerme de todo el control de mi abnegada existencia. Anhelaba con una fuerza invisible soltar las riendas de esa vida que no era la mía y hacer aquello que dictara mi maltrecho corazón. Pero ya era tarde, muy tarde para todo eso...

Ese día tenía que levantarme y realizar, por quinta vez consecutiva, el examen práctico del carné de conducir. Cuatro malditas veces había suspendido y ya estaba empezando a pensar que lo mejor sería comprarme un *Segway* o uno de esos diminutos y ridículos coches para los que solo te exigen el carné de motocicleta. Para colmo, mi madre se había empeñado en que me examinara antes de casarme. No llevaba demasiado bien mis fracasos. Ella se inclinaba por coger un teléfono, para pedir favores o hacer sobornos con tal de que sus hijos estuvieran en el primer escalafón de su absurda jerarquía. No, señor, ella no iba a quedarse quietecita viendo cómo me examinaba una y otra vez y me suspendían por mis innumerables despistes y mi temeridad ante el volante. Ella ya había movido sus hilos y sobornado a un examinador de tráfico para que ese día me otorgara un aprobado absolutamente ilícito, fraudulento y, por supuesto, inmerecido.

Mi madre sostenía la tétrica y execrable teoría de que el dinero era capaz de comprarlo todo. Pero mucho me temía que a partir de ese día, los ilimitados esfuerzos de mi «adorable» progenitora serían insuficientes.

—¡Oh, Dios! Mierda, mierda.

Era todo lo que articulé cuando miré el reloj y vi que eran las ochos menos diez y que en tan solo unos minutos comenzaría el examen.

Siete minutos más tarde, bajaba los peldaños de mis escaleras de forma que parecían estar recubiertos de lava volcánica. Tenía que buscar un taxi de cualquier manera. Había salido de mi casa como alma que lleva el diablo y para colmo la parada de taxis estaba desierta.

Me llevé las manos a la cara y me masajé las sienas.

¡Maldita sea!

De repente, un coche de la Policía Nacional se detuvo justo al otro lado de la calle donde me encontraba. La descabellada idea que me atravesó el pensamiento fue tan descarada que estuve a punto de desecharla, sin embargo, sabía que no tenía tiempo para remilgos, así que respiré hondo y crucé la calle en dos zancadas.

—¡Estoy en apuros! —grité apoyándome en la ventanilla de aquel coche.

Los agentes que estaban en el interior del vehículo me miraron estupefactos.

—Necesito estar dentro de dos minutos en la Plaza Asdrúbal. Tengo que hacer el examen práctico del carné de conducir y si no llego a tiempo volverán a suspenderme.

Los dos policías se miraron entre ellos y confinaron unas risas. Uno de ellos era mucho más joven que el otro y mucho más fuerte... y mucho más alto... y mucho más moreno... y con los ojos mucho más verdes... De pronto, aquel ejemplar de varón que tenía ante mí con una sonrisa ladeada y genuina, me observaba como si acabara de escaparme de un hospital psiquiátrico. Desde su posición, en el asiento del copiloto, serpenteó su arrolladora mirada esmeralda por mi rostro, por mi cuello y por toda mi figura, para luego articular con la voz más sexi, masculina y excitante que había oído jamás:

—Pero, guapa, que nosotros estamos trabajando, no somos taxistas.

Me costó salir de mi asombro pero haciendo un esfuerzo sobrehumano por no despistarme de mi objetivo, me arrodillé sobre la puerta como si de un confesionario se tratara y supliqué:

—No me ha oído, estoy en apuros. Ustedes son policías, ¿no? Sálveme, por favor.

El policía más mayor se apiadó de mí al instante y sin pensárselo dos veces exhaló:

—¡Qué demonios! Sube, muchacha, te llevaremos a tu examen.

Me escurrí en el asiento trasero y me coloqué en medio de los dos agentes.

—¿Cómo te llamas, joven? —me preguntó el poli más veterano.

—Sara —respondí con el corazón a mil y metiendo mi cabeza entre sus dos asientos. El más joven se giró para mirarme y cuando lo tuve tan cerca, algo verdaderamente extraordinario sucedió en mi interior.

¿De dónde diablos había salido ese adonis? ¿Acaso era legal ir por la calle con esas facciones y ese cuerpazo? Dios mío, el uniforme de policía le quedaba tan bien que parecía llevarlo tatuado al cuerpo. Sin embargo, mostraba una actitud arrogante y chulesca. Seguro que era uno de esos policías gallitos e insolentes. Uno de esos malotes que te esposa sin piedad a los barrotos de la cama... Pero esa impresión no hizo más que provocarme una oleada de deseo entre mis muslos, y tuve que sacudir la cabeza para librarme de esos inesperados y pecaminosos pensamientos.

—Muy bien, Sara, agárrate fuerte —exclamó el policía más mayor, pisando el acelerador y haciendo sonar las sirenas del vehículo. Él, seguía con su impresionante sonrisa ladeada dibujada en su cara.

Efectivamente, dos minutos después, aquel vehículo derrapó de manera exagerada en la Plaza Asdrúbal llamando la atención de una multitud de corderitos acobardados que esperaban impacientes a que los inconvencibles examinadores de tráfico iniciaran la ansiada prueba práctica y dictarán sus veredictos. Toda la gente que allí se agolpaba me contemplaba como si yo fuera una fugitiva y estuviera bajo la tutela de esos dos agentes. Aunque, una vez fuera del vehículo, y tras echar un vistazo más al cuerpo del joven funcionario, estuve a punto de cometer un delito, ¡pero uno de naturaleza sexual!

—Muchísimas gracias, de verdad. No sé cómo agradecerles el favor que acaban de hacerme.

—Yo sí... —¿Ah, sí? ¿Cómo?—. Aprobando —murmuró él con el codo apoyado en la puerta del vehículo y mirándome de una manera casi obscena.

—Mucha suerte, muchacha —vociferó el más mayor antes de meterse en el interior del vehículo para volver a su ordinaria actividad policial.

—Adiós, Sara —siseó él de una manera tan sensual que el simple acto de ver cómo mi nombre escapaba de sus labios me paralizó los sentidos.

Una hora más tarde el examinador y mi profesor de autoescuela me pedían a gritos y con los ojos desencajados que detuviera el coche cuanto antes. Esta vez, ni siquiera el soborno de mi madre evitaría mi quinto y merecido suspenso. Definitivamente, conducir no era lo mío...

La mañana prometía ser bastante entretenida. El día entero auguraba ser muy, pero que muy laborioso. Todo lo hacendoso y embrollado que puede ser el día antes de tu boda. Y desde luego no pensaba pasarlo consternada por haber suspendido una vez más la dichosa prueba práctica.

Llamé a mi madre, aguanté lo mejor que pude sus reprimendas y sus continuos recordatorios de que haría lo posible por conseguirme un aprobado. Luego, colgué el teléfono y me armé de fuerzas para enfrentarme a lo que estaba a punto de hacer, es decir, casarme con una persona que yo sabía de sobra que me estaba engañando a pesar de sus innumerables esfuerzos por demostrarme lo contrario.

Me casaría con el prototipo de novio ideal: abogado, rico y de buena familia. Si por buena familia se entendía a una panda de pijos clasistas y presumidos, acicalados con perlas y teteras de porcelana. Lo ideal para mi madre, claro, pero no para mí. Y lo que era aún peor; que yo estaba dispuesta a soportar todo eso si hubiese tenido la certeza de que ese hombre me amaba de verdad. Pero no era así. Él solo quería casarse conmigo para mejorar su posición en su asqueroso partido político y convertirse oficialmente en la mano derecha de la alcaldesa, mi madre. Claro que, eso lo supe mucho después...

Esos pensamientos me acompañaron durante toda la mañana, y a medida que las horas iban transcurriendo, el temor a cometer la mayor estupidez de mi vida se hacía más ostensible, sobre todo, después de encontrar una semana antes en su coche una nítida prueba de que me estaba poniendo los cuernos. Un colgante en plata de ley y circonita cúbica transparente, muy parecido a uno que yo misma llevaba en mi pulsera Pandora y que él me había regalado un año antes. Su respuesta a mi pregunta sobre aquel hallazgo fue sencilla:

—Ese colgante es tuyo. Se te habrá caído de tu pulsera. —Nada más.

Solo que yo sabía que ese colgante no era mío. Como tampoco lo era el olor a perfume femenino y sofisticado que traía en sus camisas en más de una ocasión. Sin embargo, ante aquella desagradable traición me encontraba sin fuerzas para revelarme. Estaba haciendo lo que más odiaba en esta vida: conformarme.

Y ese día hice lo que se suponía que tenía que hacer. Asistí a los innecesarios y prohibitivos tratamientos de belleza que mi neurótica madre había concertado para mí. Recogí mi traje de novia y me lo probé por última vez, soportando los elogios y las alabanzas de las dependientas lameculos y codiciosas. Me pasé por la floristería para concretar el tipo de flores que adornaría el coche nupcial y, antes de hacer mi último recado, llamé a mi amiga Irene y me fui a almorzar con ella para comentarle lo apesadumbrada que me encontraba ese día. Ella aún seguía pensando que mi estado de ánimo tan solo era un cúmulo de nervios por la boda. Pero yo sabía que no era así.

El mejor momento de la mañana llegó justo cuando al salir de aquel restaurante, tras nuestro almuerzo, me tropecé de nuevo con aquel guapo policía. En el mismo instante que Irene y yo salíamos de aquel bar, él y un compañero distinto al de la mañana sujetaban la puerta para acceder al interior. Ahora, lo tenía de nuevo allí, delante mía.

—Vaya, Sara, volvemos a encontrarnos. —Su voz, una vez más, me resultó excitante y peligrosamente seductora.

—Hola —titubeé muy nerviosa. Él sabía mi nombre y yo el suyo aún no.

Me puse a charlar con él en la puerta del restaurante pero esa conversación fue más bien una confluencia de miradas. Miradas ininteligibles, de ojos profundos y aceitunados. Miradas irresistibles y ardientes. Miradas provocadoras y desafiantes. Me preguntó por el examen y le conté, muy por encima, mi impericia hacia las normas de Seguridad Vial. Su sonrisa y su voz resonaron en las grietas de mi deslomado corazón y se quedaron allí como pócima sanadora.

—Tendré que aceptarlo, conducir no es lo mío—dije, tocándome el pelo y humedeciéndome los labios ante la asombrada expresión de Irene. Obviamente no daba crédito de mi actitud.

—Es decir, que casi perdemos la licencia por llevarte al examen... ¿para nada?—Había bastante diversión en su tono.

—Bueno, al menos me habéis hecho el favor.

—Pues mira por donde, mañana por la noche soy yo el que se encuentra en apuros. Y he pensado que como esta mañana yo te salvé del tuyo, podrías devolverme el favor.

Me fijé en cómo pronunciaba cada sílaba y esa sonrisa que iluminaba su rostro. Por aquel entonces, lo único que recuerdo es que pensé que podría haber estado horas contemplándolo y descifrando el color de sus ojos.

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo por ti? —inquirí expectante.

—Necesito una acompañante para una cena importante.

La idea de irme a cenar con ese bombón me hacia la boca agua. Y hubiera aceptado sin pensármelo dos veces, si no fuera porque la invitación era en mi noche de bodas. Irene me miró con los ojos como platos en cuanto vio que estaba deliberando si aceptar o no aquella cita. Su amigo seguía sosteniendo la puerta con una simpática expresión en su rostro.

—Mañana tengo cosas que hacer, pero quizá otro día... —respondí sin más, agarrando a Irene de la mano y alentándola a seguirme.

Tenía que largarme cuanto antes o no podría resistirme a aceptar su proposición.

Él sonrió ocultando su decepción, y se retiró de mi camino dejándome paso.

—De acuerdo. Hasta otra entonces... —No insistió, simplemente se limitó a despedirse de nosotras y se adentró en el establecimiento.

A medida que se alejaba de mí, mi mente no dejaba de reflexionar en lo rápido que estaba sucediendo todo...

—¿Mañana tienes cosas que hacer? Ya lo creo... ¡Vas a casarte! ¿Acaso lo has olvidado? —bramó mi amiga cuando estuvimos alejadas del restaurante.

Por supuesto que no lo había olvidado, eso me hubiera gustado, olvidarme, armarme de valor y salir de una vez por todas de esta absurda mentira. Pero me daba tanto miedo decepcionar a mi familia que poco a poco me estaba cavando mi propia tumba.

El último recado, en principio, era tarea de mi novio, pero esa misma mañana me había llamado para que yo me hiciera cargo de recoger las alianzas en la joyería de su tío.

Al entrar en aquel comercio, su odiosa prima se acercó a recibirme. De pronto recordé el motivo por el que yo le había encomendado a él la tarea de las alianzas: no soportaba a su prima. Además, en teoría, no era su prima, tan solo era la hija adoptiva de su tío. Un motivo más para que las confianzas que se tomaba con mi novio me resultasen completamente inapropiadas.

Y en el preciso instante en el que ella tendía una alfombrilla de terciopelo sobre el mostrador para mostrarme las alianzas, me fijé en su muñeca. Más concretamente en su pulsera Pandora. Y, obviamente, en aquella pulsera faltaba un colgante.

¡Cómo no!

¡¿Cómo había sido tan estúpida para no darme cuenta de que era ella a quien el capullo de mi novio se follaba cada vez que yo me daba la vuelta?!

Aguanté como pude la estúpida conversación con la que esa «Barbie» oxigenada me martirizó el tiempo que estuve allí dentro y, antes de salir, abrí mi bolso, saqué el colgante que guardaba en mi monedero desde el día que lo encontré en su coche y me dirigí a ella de forma desinteresada:

—Por cierto, Eva, creo que esto es tuyo. Lo encontré en el coche de Fernando.

Su simulada sonrisa se desvaneció a la velocidad de un cometa y sus ojos, excesivamente maquillados, impactaron con los míos. Aquel duelo de miradas me confirmó lo que yo ya suponía: estaban liados.

La oí titubear algo al largarme de allí, pero lo cierto era que no quería escucharla.

Di por terminados los recados y me marché a mi casa sin mencionar ni una sola palabra a Irene.

Al día siguiente, me desperté en mi habitación de soltera. Mi madre seguía conservándola exactamente igual que cuando era una niña. Antes de levantarme respiré profundamente, alcé la vista al cielo y creo recordar que recé. Dos horas más tarde, embutida en mi vestido de novia, ya maquillada y peinada, una chica intentaba colocarme el velo. El salón de esa casa parecía una feria, había gente por todas partes: peluqueros, maquilladoras, la prensa, una hermana histérica, un hermano sabelotodo, mis sobrinos revoloteando a mí alrededor, una madre controladora y obsesiva, un padrastro ausente, sin voz pero con voto, claro. Y yo observándolo todo desde mi posición. Sintiendo cómo la sangre abandonaba mi cara y las voces sonaban amortiguadas en mis oídos...

El flash de una de las cámaras me deslumbró de repente, devolviéndome al inclemente presente. En ese instante mi madre se situó junto a mí. Observé su extravagante tocado color lavanda, y luego, murmuró:

—Sé que estás un poco triste por el suspenso de ayer. Pero no tienes de qué preocuparte. Acabo de llamar al Director General de Tráfico Provincial y me ha dado su palabra de que tendrás el carné de conducir hoy mismo. Y ahora, por favor, sonríe a las cámaras. —Abrí la boca para decir algo, pero enseguida asimilé que dijera lo que dijera mi madre solo aceptaría aquello que fuese lucrativo para su campaña, así que lo mejor era callar.

Media hora después el coche nupcial hacía su rocambolésca aparición en la Plaza de La Catedral. Tan solo recuerdo que el corazón me bombeaba a una velocidad vertiginosa y notaba el pulso descompasado al igual que mi respiración. Era como si me hubiesen colocado al filo del trampolín y estuviese a punto de saltar a la piscina. Solo que la piscina esta vez se encontraba a kilómetros de distancia y yo me sentía a punto de lanzarme al vacío.

Me sujeté con fuerza al brazo de mi padrastro y barrí mi mirada por toda la gente que se agolpaba en el exterior para observar el espectáculo. Mi madre se acercó a recibir a la prensa, haciendo uso del legendario arte del diálogo y desplegó uno de sus ensayados y aburridos discursos electorales. Un amplio dispositivo policial acordonaba la zona y cuando giré la cabeza para enfrentarme de una vez por todas a la inminente realidad, me encontré de nuevo con aquella mirada esmeralda. Allí estaba él, otra vez, embutido en su uniforme de policía. Se encontraba ante mí el hombre más sexi y atractivo que había visto en mi vida y, para colmo, su gesto de confusión y desconcierto al verme vestida de novia a las puertas de la Iglesia no hizo más que acelerar mi aturdimiento.

—Sara, ¿estás bien, cariño? —La melódica voz de mi padrastro me obligó a apartar mis ojos de él y concentrarme en los escalones que me llevaban directa al infierno—. Aún estás a tiempo de escapar de todo esto —murmuró en mi oído antes de cruzar el umbral de la Catedral.

Alcé la vista y le miré directamente a los ojos. El pánico que tuvo que ver en mi expresión lo alentó a agarrarme la mano con firmeza mientras me guiaba al altar. Y allí, esperándome con su ensayada sonrisa y con un extravagante traje de pingüino, me esperaba mi futuro y adúltero marido.

Aquel instante fue crucial. El tiempo dejó de avanzar y yo con él. Mi corazón comenzó a latir con violencia y mi respiración lo acompañó al mismo ritmo. Era vagamente consciente de que todo el mundo me observaba pero yo solo pensaba en lo infeliz que sería de seguir adelante.

Le miré primero a él, luego a mi padrastro y me detuve antes de llegar al altar. Mi madre me observó desde la primera fila y en cuanto me vio negando con la cabeza, su rostro se tiñó de asombro y de ira.



—No puedo hacerlo. —Fue lo único que logré articular sin apartar mis ojos de mi padrastro. Un leve gesto de asentimiento y un ápice de sonrisa en su rostro me dieron la fuerza necesaria para salir pitando de allí. Sí, lo hice.

Sin mirar a nadie más, me sujeté el vestido para quitarme los zapatos y, acto seguido, salí corriendo de aquel lugar sin tener en cuenta las consecuencias. Me detuve en la puerta de la Catedral y le busqué entre todos aquellos funcionarios que acotaban la zona y se cercioraban de que mi boda se llevaría a cabo con éxito. Lo vi, apoyado en uno de los furgones de policía y charlando con un compañero. Y sin pensarlo me lancé escaleras abajo en su búsqueda.

Las miradas estupefactas de los periodistas y de toda la gente que se encontraba en el exterior no me impidieron correr y plantarme delante de él. Su compañero le dio un codazo y fue entonces cuando me miró. La increíble mezcla de conmoción y fascinación que se extendió por su rostro me dio la fuerza que necesitaba para decirle lo que tenía en mi mente. Pero cuando fui a abrir la boca, él musitó:

—No me lo digas. Estás en apuros, ¿no? —Sus labios se curvaron formando una sonrisa fascinante.

—No, ya no. Iba a preguntarte si sigue en pie la cena de esta noche —exhalé, respirando con rapidez y el corazón aporreándose el pecho.

—Por supuesto —respondió él con una seguridad aplastante, acercándose lentamente a mí y envolviéndome en su perversa y tentadora mirada.

Miré sus carnosos y apetitosos labios, y todo lo demás desapareció de la faz de la tierra...